

Historia y vida según San Agustín

AGUSTÍN MARTÍNEZ

Universidad Católica de Chile, Santiago

Así como las ciencias sufren hoy día la revisión crítica de sus bases y fundamentos, lo que para Heidegger constituye la posibilidad misma del progreso científico, así también en los últimos años han venido apareciendo serias meditaciones en torno al ser de la historia humana. En la revisión crítica de los fundamentos científicos se ha podido llegar a constatar tanto los límites del pensar científico como el inminente regreso a valores metafísicos que en un tiempo se creyeron definitivamente preteridos; y en las abundantes meditaciones de la Historia, no es difícil advertir una superación de la cronología erudita por unas ansias irresistibles de sólida fundamentación metafísica al incesante acontecer histórico. Como si la humanidad quisiera hacer en este período nocturno de la cultura, un acucioso examen de sí misma, o para recuperarse definitivamente o para hundirse definitivamente en la tragedia inevitable que la recorre y la impulsa.

“En los dos últimos siglos, ciertos espíritus inconfundibles también soñaron con captar la substancia dinámica que estaba en el seno de la historia. Pero la mayoría de esos espíritus que hoy conocemos, terminaron por proclamar una regulación física y predeterminada de la historia, hablando muchos del progreso de la historia; y profetizando, otros, situaciones muy optimistas para el futuro de la humanidad. El ideal progresista de la historia, ha dicho Berdiaeff, es esencialmente letífero y su base es la muerte. Sesenta millones de víctimas durante la última guerra, y como inmediatas consecuencias de ella, dan por tierra con todo optimismo demasiado humano. Y, finalmente, la misma vida humana ha dado por tierra con el optimismo panlogista que Hegel sustentaba en su dialéctica interpretación de la historia. Tampoco puede dar razón del ser de la historia, ni una mera atención sobre la *constante* que se repite en los diversos períodos de la historia, como

lo ensayara el ilustre escéptico Jacobo Burckhardt, ni ciertas visiones un tanto restringidas e instintivistas de la nueva metafísica de la vida" (Agustín Martínez, *Información sobre el Existencialismo*, Santiago de Chile, 1948, p. 91).

El primero que respondió resueltamente a la pregunta por el ser de la historia humana fué San Agustín, en el siglo V de nuestra era, tanto en la *Ciudad de Dios* como en diversos otros escritos suyos, amén de sus cartas y sermones. Y parece que también en este punto tal penetración logró el africano, que la voz de mando de Max Scheler: *Zurück zum Augustinus*, hay que volver a San Agustín, puede ser aquí, para el hombre de nuestro tiempo, de incalculable fecundidad.

Para San Agustín, la historia es un presente, y el ser de ella es aprehensible e inteligible en cualquiera de los momentos históricos. La historia no es la consecuencia de un cálculo matemático ni obedece a las leyes inmanentes del pensamiento. La historia finca su ser mismo en la vida misma del hombre, cuyas aspiraciones parten y se proyectan desde el Infinito. Infinito gracias al cual es, para San Agustín, la historia siempre racional. La historia está en la vida. Y la vida en la sociedad de los hombres. Dios no tiene historia. Los brutos no tienen historia. Pero la sociedad tiene historia porque los hombres son históricos. Y los hombres son históricos, porque son capaces de amar y de sufrir en una envoltura y limitación finitas, y porque el hombre conoce todas estas relaciones suyas (del amor, del sufrimiento, de la decadencia) que lo proyectan más allá de su actual situación temporal, buscando el equilibrio de ese ser en la comunidad social. El hombre, queriendo ser-para-sí-mismo, debe estar con lo-otro y ganar su ser en la comunidad. La colaboración comunitaria no es una evasión del hombre por el hombre, sino el camino inexcusable para la realización de la perfección humana. La historicidad personal hace posible la historicidad social, la historia humana y, en un sentido profundo alcanzado por San Agustín y luego por Santo Tomás, se hace posible la historicidad cósmica respecto al hombre por quien el mundo creado tiene sentido y significación.

Pero la vida humana, advierte San Agustín, de por sí es trágica. La historia es la historia de una deficiencia fundamental. Son geniales estas expresiones agustinianas que habrían gustado mucho a Don Miguel de Unamuno: "Los días de este mundo son días malos. La miseria y la malicia los hacen malos. La miseria es universal desde los

días de Adán. El niño, con su primer llanto, es el profeta de su propia tragedia; y sus lágrimas son el testimonio de su miseria". (*Sermo* 167, caps. I y II). Y, sin embargo, solamente el *amor* vital hace posible esta tragedia en los hombres, en la sociedad, en la historia. Una fenomenología de la historia no revela simplemente una tragedia, una angustia social: como raíz de todo eso nos hace patente un amor contrariado cuya ontología surge de la intencionalidad de la vida real. Por el amor a su ser el hombre siempre se anda buscando: se busca para una afirmación y plenitud de su mismo ser. Llama en vano a las cosas; y sus semejantes andan en la misma búsqueda. Se sabe finito y mendigo. Y sufre por amarse. Porque no es el pleno *Ser*, no es el pleno *Bien*. Pero es un ser, es un bien, y por eso es posible que padezca el mal. Su privación es el mal. Si no hubiere bien, sería imposible el mal. Y si no hubiere mal, sería imposible la contrariedad, y la historia humana que conocemos no existiría. El ser y su privación, el bien y el mal, el amor y la tragedia, la eternidad y la temporalidad son la contrariedad, y la vida humana es vida contrariada (*Enchiridion ad Laurentium*, caps. 12, 13 y 14).

La historia está en la vida. La vida humana está en la mediación social. Esta mediación es para la salvación de la tragedia en una dirección de perfección. Esta tragedia parte, y es posible, por el *amor* vital. La historia es la historia de un amor contrariado. Sin este impulso ontológico del amor, la vida quedaría sin intencionalidad y no habría historia humana. Y para San Agustín, se agrega otro elemento fundamental: el pecado, el haber pecado. Todavía, a más de la limitación ontológica impulsiva, el hombre lleva la historia del pecado con su cuádruple testimonio: la dificultad, la ignorancia, la concupiscencia, la mortalidad. El amor fué pecador. Y de Oriente a Occidente el género humano es un gran enfermo de amor y de pecado. La historia es la historia de un amor y de un pecado.

Para San Agustín, la medida de la historia, la gama de valores según los cuales es posible ponderar y avalorar los diversos momentos del todo histórico, es meta-histórica, supra-histórica. La temporalidad es inexplicable sin la Eternidad. La temporalidad pura, fragmentaria y finita, no puede dar cuenta de sí misma; y lo temporal solamente es medible por una cierta penetración del hombre en la Eternidad. Si San Agustín define a veces la Eternidad como un refugio en nuestra huída del tiempo; también la define como la impostergable medida

de la temporalidad. Pensar, conocer, supone vivencias de valores eternos. Y para avalorar la historia, para criticar las culturas, en lo profundo estamos echando manos de valores meta-históricos, supra-culturales, que de lo contrario ni tendría sentido una crítica de la historia ni sería posible jamás una filosofía de la historia. Esto significa que la vida del hombre, pecador y todo, está transida de eternidad y que la historia humana es colaboración de tiempo y eternidad. Para San Agustín, esta colaboración de lo eterno de diversas maneras se realiza; y una penetración analítica en el hombre histórico y en la sociedad de los hombres hace patente esos modos de colaboración. Lo eterno asume, así, el rol de la *dirección* de la historia, de su última orientación y meta, dando sentido a la vida y al tiempo, haciendo posible la marcha de la historia y su misma continuidad.

Las culturas se avaloran según su mayor o menor aproximación a la *dirección* histórica, a los valores eternos. Y esta mayor o menor aproximación a la eternidad en los ciclos históricos, son los *sentidos* que da la libertad humana a la dirección de la historia. Estos sentidos periódicos pueden cambiar, pueden tener sus altos y bajos: pero lo que jamás podrá hacer el hombre, sin caer en el sinsentido, y sin negarse a sí mismo, es eliminar la *dirección* suprahistórica de la historia. El materialismo histórico, por ejemplo, no es más que la negación del hombre y de su historia por una violenta primacía —y absoluta primacía— de la temporalidad pura.

Los que se adhieren a la *dirección* de la historia en espíritu y en verdad, forman para San Agustín la *Civitas Dei*. Los que se hunden en la temporalidad y sus trágicos excesos, dando origen a las guerras y a las convulsiones sociales, forman la *Civitas Terrena*.

Esto es la historia humana para San Agustín, el ser histórico que radica en la vida existencial del hombre, pero que apela a lo Eterno para su justificación y racionalidad.